

alcanzas a ver tu lejano Oeste sin bisontes y sin hombres de piel roja como el sol que la tiñe.

Hombre de historia y de cuento de niños; de vida abrupta como las Montañas Rocosas, y de mano fuerte como si te floreciera en garra de Jaguar. En ese rincón de la memoria, en que yo quiero ser siempre niño, porque un poco de niñez alza la vida a lo que el hombre colectivizado no alcanza a sentir, en el Far West del alma, tu revólver hace oír sus estampidos de juguete mientras se alargan en chispas las espadas de los filibusteros.

Y en las llanuras de la vida en que soy hombre y canto y lloro como hombre, quisiera a veces ser como tú, Búfalo Bill, hombre de historia que hiciste tuya la vida de una época, hombre de leyenda, semidiós blanco y rojo de los niños que sueñan en ser hombres y triunfar sin perder. Y te quiero aun más en el mundo infantil, entre el parloteo de Caperucita y la sombra gigante de Amadís de Gaula.

Y aun en Wall Street y en Radio City debe oírse la telegrafía de peligro de los cascos de tu caballo negro.

PEDRO GOMEZ VALDERRAMA

¿FUE DESCARTES FILOSOFO CATOLICO?

Porque me apasiona y ha despertado mi curiosidad intelectual, me aventuro a escoger como tema de mi primer ensayo, uno tan controvertible y delicado como éste, no obstante estar yo apenas iniciado en el estudio de la filosofía.

Diré el por qué de tal apasionamiento y curiosidad. Hace poco tiempo llegó a mis manos un pequeño libro que tiene por título: "Figuras y doctrinas de filósofos", cuyo autor es Victor Delbos, del Instituto de Francia, y profesor de La Sorbona. Fue publicado en 1918. Ignoro si Delbos vive todavía. Sería muy difícil deducir por la simple lectura de su obra a qué escuela pertenece, pero nadie podría clasificarle como ortodoxo. Los filósofos cuya personalidad y doctrina él examina, son los siguientes: Sócrates, Lucrecio, Descartes, Spinoza, Kant y Maine de Biran.

Se me permitirá que, ante todo, haga una breve biografía de Descartes, donde algo diga sobre la que fue personalidad del filósofo. Su vida es a manera de símbolo de su obra. Nacido en 1596 en una pequeña ciudad de la Turena, La Haye, podría decirse que recibió de la tierra maternal, "en donde el aire es puro, diáfano y perfumado", la claridad del pensamiento y la expresión. Educado por los jesuitas en el colegio de La Fleche, uno de los más célebres de Europa en aquel tiempo, recibió de sus maestros, no sólo lecciones de ciencia, sino las que enseñan el gobierno de la propia personalidad. Ya mozo, deja a Francia para pagar tributo a una mo-

da reinante y marcha a Holanda a aprender, bajo el comando de Mauricio de Nassau, el duro oficio de las armas. Cuando comienza la guerra de treinta años se enroja en el ejército católico del duque de Baviera. El destino, la caprichosa suerte de los combates, le señalan desde entonces una amiga y discípula "que fue a la manera de Ninfa Egeria" de sus investigaciones filosóficas: la princesa Elizabeth, hija del Elector vencido. Vuelve a Francia y en París se entrega a las diversiones del hombre de mundo. Se aficiona al juego, prefiriendo los de cálculo a los de azar. Cultiva relaciones en el círculo de los sabios. Durante una recepción que da el Nuncio del Papa, en noviembre de 1628, alguien habla de reformar la filosofía. Descartes guarda silencio al principio, pero, invitado a emitir su opinión, dice que no tiene objeto preciso la proposición, pues deja en pie los obstáculos de la escolástica, y sugiere que es posible hacer de la filosofía algo más sencillo y comprensivo. Estaba en aquella recepción Berulle, el fundador del Oratorio en Francia (1), quien invita a Descartes a explicarse y él expone que es posible establecer en la filosofía principios más claros y más ciertos que los de la escolástica, por medio de los cuales se obtendría la razón de todos los efectos de la naturaleza. El cardenal comprende todo el alcance de sus declaraciones y, en una conferencia habida días después con Descartes, le dice que es una obligación suya de conciencia dedicarse a la reforma de la filosofía, con todas las dotes de penetración de espíritu que Dios, en su gracia, le ha concedido. Descartes no se hizo de rogar y siguió el consejo. Desde ese instante se dedicó a escribir su "Metafísica", labor que evacuó en el curso de pocos meses; y muy pronto a su "Física", trabajo que fue su ocupación en dos o tres años.

Para poder publicar algo de sus pensamientos tenía necesidad de sustraerse de sus obligaciones sociales que en Francia y en París le tomaban bastante tiempo. Se retiró a Holanda, un país, escribía él de Amsterdam a un amigo, "en donde la salubridad del clima hace que no se corra el peligro de contraer fiebres, en donde una buena policía puede garantizar la seguridad de los habitantes, y en donde el espíritu de negocio de los naturales, los aleja de importunar la libertad laboriosa de los hombres de estudio." El ruido mismo de sus tráficos, añadía, no interrumpiría mis ensueños más que los que hiciera cualquier arroyuelo". En esa carta hace un elogio de la libertad de que se goza en Holanda.

Pero, sin embargo, su aislamiento, su soledad no son absolutos. Frecuenta los personajes de la corte y no descuida visitar a los embajadores de Francia. Inicia amistades con hombres de ciencia, sostiene correspondencia directa o indirectamente con los sabios europeos sobre cuestiones científicas y de filosofía; indirectamente con el más oficioso de los intermedarios, el Padre Mersenne, que había sido, algunos años antes que él, alumno del colegio de La Fleche y distinguido por un don particular de sociabilidad intelectual.

Durante los primeros nueve meses de su residencia en Holanda, compuso un pequeño tratado de Metafísica que no publicó inmediatamente.

Poco después se ocupó en establecer un conjunto de su "Física" en una obra que intituló: "Tratado de la luz". En 1633 anunció a Mersenne que le sometería sin falta, hacia el fin del año, su obra, pero a poco supo la condenación de Galileo que, como se recordará, se debió a la tesis sostenida por el sabio, del movimiento de la tierra. Resultaba que era precisamente esta tesis la que ocupaba el principal papel en el propio sistema de Física de Descartes y que si ella era falsa, era falso su propio sistema por entero defectuoso. Escribió por esto a Mersenne: "Como yo no quiero por nada de este mundo que salga de mi un discurso en donde se encuentre la menor palabra que sea desaprobada por la Iglesia, prefiero suprimirla antes de ser estropeado." (Sic.) Renunció en efecto a publicar su "Tratado", a la vez que por amor a la tranquilidad, por espíritu de sumisión a la Iglesia; nadie menos que Bossuet juzgó que Descartes fue aquella vez demasiado lejos en su sumisión. "Descartes tiene siempre miedo de ser censurado por la Iglesia, decía en una de sus cartas, y se le ve tomar en esto precauciones que van hasta el exceso."

Sería el caso de preguntar, o de investigar, si en el curso de sus trabajos filosóficos posteriores, Descartes no se encontraría más de una vez en circunstancias análogas y si no existe motivo para dudar de que nuestro filósofo no fuera sincera e íntimamente católico.

A más de la que pudiéramos llamar prevención de Descartes contra la escolástica, la tacha que le ponía de confusa y de ininteligible tengo el atrevimiento de interpretarla, más que a la forma de ésta, a su fondo, a su esencia, a su doctrina. La escolástica es la filosofía católica más pura, que ha resistido el análisis crítico de los siglos, que permanece en pie y de la cual no podemos apartarnos los católicos; fuera de que Santo Tomás no es un escritor oscuro e ininteligible, y poseyó un bello estilo, capaz de quitar a las cuestiones filosóficas su natural gravedad de expresión.

Descartes había resuelto, después de la condenación de Galileo, no solamente dejar inédita su "Física" sino no publicar nada más. Las esperanzas que en él fundaban sus amigos, que le recordaban sus compromisos, debilitaron esta resolución. Terminó decidiéndose a ofrecer, no toda su filosofía y todos sus descubrimientos y explicaciones científicas, mas sí a presentar algunas muestras que pudieran interesar a los lectores y hacerles desear una publicación más completa. De ahí la obra que publicó en 1637 bajo el título: "Discurso del Método" para conducir bien nuestra razón y buscar la verdad en las ciencias.

El Discurso o Tratado lo escribió en francés, en oposición al uso que imponía el latín como lengua de la filosofía y de las ciencias. Aquello era, en cierto modo, un llamamiento a la común razón humana con el cual comenzaba la obra. En el Discurso decía Descartes: "He querido que aun las propias mujeres puedan entender alguna cosa y que aun las más sutiles encuentren materia para ocupar su atención."

El autor del libro que vengo extractando, con un escepticismo poco disimulado dice: "que Descartes sea cristiano y católico en su fuero interno

como lo era en su actitud exterior, nada autoriza a dudarle. Cuando protesta de su sumisión a la autoridad de la Iglesia, y aun dentro del exceso de sus precauciones ordinarias en favor de la tranquilidad, no hay nada en todo ello que haga sospechosas su buena fe ni su fe." Y en seguida anota que en Descartes el espíritu religioso no se alimentaba de reflexiones especiales o renovadas, que sólo accidentalmente revistió una apariencia de misticismo.

La obra fundamental de Descartes, la que puede considerarse en justicia como base de su sistema filosófico, es el "Discurso del Método," que, a la verdad, es una introducción al estudio de las ciencias exactas. En su afán de demostrar que él no trataba de secularizar la religión sino las ciencias, la excluyó decididamente y la puso aparte, como si hubiera adquirido la certidumbre de una naturaleza particular que no sabría compararse con la certidumbre científica y filosófica. Si él la declara independiente de la filosofía, naturalmente la quería independiente de la escolástica, en cuanto ésta pretende salvaguardar contra la Física nueva, la Física aristotélica, abusivamente ligada con palabras de las escrituras sagradas. Por su cuenta, evita las controversias con los teólogos; se abstiene, en cuanto lo puede, de establecer puntos de contacto entre su filosofía y la teología. Todo lo cual permite, a mi juicio, confirmar la opinión de un filósofo francés de principios del siglo XIX, Victor Cousin, clasificado entre los eclécticos, quien tenía a Descartes como uno de los precursores de esta escuela. Entiendo que la Iglesia Católica considera el eclecticismo como algo dañoso y vitando, en recuerdo de las divinas palabras: "Lo que no es ni frío ni caliente, lo arrojaré de mi boca." Trece años después de muerto Descartes, por un decreto de Roma, fueron puestas en el Índice, con atenuante, sus obras: "Meditaciones de prima philosophia", "Opera philosophica" y, en 1722, una edición hecha en Amsterdam de sus "Meditaciones". Las prohibiciones y censuras se sucedieron sin interrupción hasta el fin del siglo (el XVII).

Las altas autoridades de la Iglesia comprendieron, sin duda, que el panteísmo de Spinoza era una emanación directa de la filosofía de Descartes. Otra emanación directa del cartesianismo es el kantismo. Este filósofo alemán pensaba como Platón, como Descartes, que la razón no resultaba de la sensación, sino, por el contrario, que la razón despertada por la sensación formaba las ideas contingentes, las gobernaba y las encadenaba sometiéndolas a las ideas necesarias. Bien es cierto, que la filosofía ecléctica se aparta de la de Descartes en algunos principios que acaso podré enumerar en un próximo ensayo.

En el "Discurso del Método" se encuentra la regla fundamental de la filosofía cartesiana: "no recibir ninguna cosa por verdadera si no conozco evidentemente que lo es; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y no comprender en mi juicio nada que se presente tan clara y nítidamente en mi espíritu, al punto de que no pueda tener ocasión de ponerlo en duda." Esta regla significa que, en materia científica y filosófica, el espí-

ritu humano debe libertarse de toda autoridad extraña y no rendirse sino a la evidencia. Como consecuencia de la regla, aparece aquí el principio de la filosofía más crudamente sensualista: todo conocimiento viene de los sentidos. Con razón que un eminente crítico conceptúe que el "Discurso del Método" de Descartes, uno de los momentos literarios y filosóficos más interesantes del espíritu francés, tuvo como secuelas la filosofía de Augusto Comte y el determinismo de Claudio Bernard. La ciencia tradicionalista, hija de Aristóteles, cedía ya, por más de un aspecto, al espíritu del libre examen, de demostración rigurosa y de observación exacta, que animaría a la ciencia nueva.

He expuesto, en cuanto lo consienten las dimensiones de un ligero ensayo, las razones que tengo para sospechar que Descartes fuera un filósofo católico y para creer que sembró las semillas de la filosofía moderna que se debate inútilmente ante los problemas de sólo posible solución por la filosofía tomista, tan opuesta en expresión y en sustancia a la de Descartes. "Quien buscaba la claridad, no hizo sino entrar en el reino de las sombras y la incertidumbre."

La reacción que Descartes inició contra la filosofía de Aristóteles, so pretexto de claridad y de incertidumbre, que de contragolpe era una reacción contra Santo Tomás de Aquino, me parece injustificada, porque Aristóteles en sus obras juntó todos los conocimientos de su época, y de esos conocimientos se deducían certidumbres que hasta hoy no han sido contradichas ni sobrepasadas. Y Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, tomó este conjunto de certidumbres y las transportó del mundo intelectual hasta el mundo espiritual, hasta el mundo de la fe y del conocimiento total. Es sabido que el descubrimiento de los trabajos de Aristóteles hizo posible la Summa de Santo Tomás.

Con la natural timidez de quien comienza a iniciarse en los estudios filosóficos, me aventuro a emitir este juicio: La obra "El Criterio", de Jaime Balmes, catalán por más señas, es algo que puede parangonarse, sin desdoro para ella, con el "Discurso del Método", y en ventaja para "El Criterio", no hay en el estudio de Balmes una frase, una línea que pueda ser tachada de herética. "El Criterio" señala las reglas para llegar al conocimiento de la verdad con un sentimiento de filosofía espiritualista más intachable que el de Descartes.

Pero ahora, y para terminar, daré una prueba más de que Descartes dejó razones para dudar de que fuera un filósofo católico. En el tercer centenario de Malebranche, uno de los grandes doctores de la Iglesia de ese tiempo, André Chaumeix publicó un artículo en la "Revue des Deux Mondes", en el cual encuentro lo siguiente, que copio abreviándolo: "Una de las más grandes influencias que ocupa el puesto esencial en la historia intelectual de Malebranche, fue la de Descartes. Tenía 26 años de edad cuando leyó el "Tratado del Hombre" y recibió una impresión que no se borró de su espíritu jamás, porque tenía el gusto de las ideas claras, por la lógica, por el orden, por la argumentación de inflexibilidad científica.

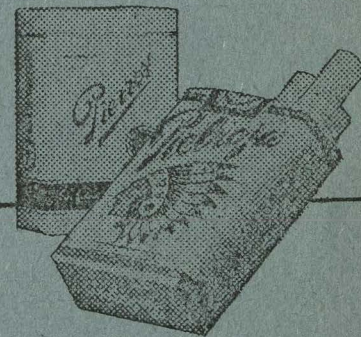
Descartes podía poner un rigor matemático en la Metafísica e ir hasta Dios por la ruta de una ciencia sólida que estuviera de acuerdo con la fe. Con sinceridad, Malebranche adoptó lo que era más conforme con su propio pensamiento, sin temor a poder comprometer, por su exageración, la grandeza de la presencia y la acción universal de Dios que él deseaba establecer por principios. Andando los años y profundizando en la Teología, encontró que San Agustín tenía una escolástica más cristiana que la de su filósofo predilecto. El Padre André lo expresa en estos términos: "Leyó y releyó las obras de San Agustín y, después de una larga meditación, encontró que el Doctor de la gracia había conocido mejor el espíritu que Descartes, así como éste, que se puede llamar el Doctor de la naturaleza, había conocido mejor el cuerpo. La Metafísica sublime de San Agustín aparecía hecha para la Física de Descartes y la Física de Descartes para la Metafísica de San Agustín."

Mis pacientes lectores se habrán dado cuenta de que mi insuficiencia no pretende resolver de manera definitiva el interrogante que tiene por título estas cortas líneas, y que apenas me he permitido hacer insinuaciones discretas para que aquél pueda ser resuelto por personas más doctas y entendidas.

JULIO HOLGUIN UMANA

(1) De esta ilustre congregación salieron Mascarón y Masillon, por ella pasó La Fontaine. Era, dice el Padre André, una congregación de eclesiásticos que vivían conjuntamente sin otros lazos que la caridad, sin otros compromisos que la buena voluntad para imitar el sacerdocio de Jesucristo y de su vida.

CALIDAD



★ Esta CALIDAD sobresaliente que los fumadores encuentran siempre en los cigarrillos de la Cia. Colombiana de Tabaco, se debe a los siguientes hechos:



- ◆ tabacos maduros de PURA RAZA,
- ◆ purificados por métodos exclusivos de la Cia. Colombiana de Tabaco;
- ◆ hojas que después de un largo periodo de reposo, se hacen más suaves, dulces y aromáticas.

